

2.1

Chicago es la gran ciudad americana. Nueva York es una de las capitales del mundo, y Los Ángeles una constelación de plástico, San Francisco es una dama, Boston se ha transformado en la Renovación Urbana, Filadelfia, Baltimore y Washington resplandecen como diamantes opacos entre la bruma de la megalópolis del este, y de Nueva Orleans sólo merece la pena el barrio francés. Detroit es la ciudad que se vuelca en una única industria, Pittsburg ha perdido su triángulo dorado, San Luis se ha convertido en la panacea de las grandes corporaciones y las noches en Kansas cierran temprano. La concesión de la explotación petrolífera hace de Houston y Dallas tableros de ajedrez para esta clase de juego. Pero Chicago es la gran ciudad americana. Quizá la última de las grandes ciudades americanas.

El cronista le tenía especial cariño a la ciudad. Dado que se había criado en Brooklyn, cuando volvía a Chicago no le era difícil darse cuenta de que sus habitantes se parecían a la buena gente de Brooklyn: sencillos, fuertes, de espíritu generoso, listos, groseros, solidarios, pesados, pillos y de una bonhomía natural porque llevaban el sexo en los bolsillos, músculo en la espalda, comida caliente a la vuelta de la esquina, barrios empapados en la salsa de la leyenda local y una arquitectura urbana real, fachadas de ladrillo rojo con ventanas distintas en cada planta, una panorámica de manzana tras manzana de ladrillos rojos y casas de madera de dos plantas, con balcones y porche, árboles escuálidos pero tan ricos como los de una granja en su promesa de ternura las primeras tardes de primavera de la ciudad. Calles donde los críos jugaban al béisbol y al hockey sobre patines, espesos crepúsculos de humo y acero. El estruendo de

finales del siglo XIX, la esperanza de la avaricia pululando por las calles. Hacía cien años, Londres no habría mostrado mejor aspecto.

Por el contrario, Brooklyn, la preciosa Brooklyn, se expandía más allá de los rascacielos de Manhattan, y por eso nunca fue una gran ciudad, nunca fue otra cosa que un vivero de asfalto para el talento destinado a cruzar el río. Chicago no tenía un Manhattan que le podara las ramas altas antes de tiempo, y por eso creció a partir del sabor originario de sus barrios hasta llegar a ser una de las mejores arquitecturas verticales del mundo. Y como sus habitantes son polacos, ucranianos, checos, irlandeses y de otros países, la ciudad tenía algunos rincones bizantinos que podrían haberse encontrado en Praga o Moscú, extraños, contorsionados y atractivos puentes levadizos sobre el río Chicago, inmensos capiteles góticos, como los del rascacielos del *Chicago Tribune*, curvas, contrafuertes y balconadas cilíndricas de treinta plantas, extendidos a lo largo de los meandros del río, y preciosas balaustradas en los parques. En Chicago había una zona en el norte, sobre el Lake Shore Drive, donde estaban los edificios de apartamentos más elegantes del mundo; al lado de estos palacios de vidrio y metal oscuros, el Sutton Place de Nueva York dejaba ver el cálculo de costes hecho por el arquitecto. En espectaculares calles laterales, tras las torres junto al lago, los ladrillos rojos delataban la ironía, la avaricia y la intrincada ambición que había en las manos de los barones del crimen que los encargaron; sustancialmente, eran el trabajo duro, la bebida abundante, los placeres carnales y el sentido particular del Medio Oeste sobre cómo llegar al decoro de la clase alta lo que estaba presente en la grandeza americana de estas pocas calles. Si había una aristocracia americana de familias refinadas habría que buscarla en las impolutas señoras de mirada inquisitiva y fuerte que paseaban por las calles del Lake Shore Drive, en la zona norte de Chicago.

No ha venido el cronista hasta aquí para hacer una guía de viajes, de modo que no hay necesidad de describir el *Loop*, el degradado centro comercial y financiero de la ciudad, tan degradado como el resto de los centros de las ciudades americanas. ¡Pero, qué muerte tan dulce! Viejos comercios, antiguos teatros de variedades,

avenidas sucias, el ferrocarril elevado con su diálogo decimonónico del acero chirriando con el acero en cada curva, y cavernas de sombra en el pavimento bajo los hoteles con sus grandes vestíbulos de entrada, techos barrocos, resplandecientes como burdeles romanos, con nombres del tipo Sheraton-Blackston, Palmer House, y campos de alfombras rojas, jaulas doradas como ascensores, y el silencioso ruido de industrias gigantes que consiguen nuevas formas sobre enormes y duros materiales, golpeando sin descanso el tímpano. Por algo había escrito Dreiser¹² sobre Chicago.

Al oeste del lago se encontraban las fábricas y el Cicero, barrio de la Mafia y de inmigrantes; hacia el norte, los barrios residenciales, los Evanstons; hacia el sur los guetos negros, cinturones de negros, cada uno amplificando la resonancia de la causa del otro. En el cinturón negro estaban implantados los Blackstone Rangers, la mayor banda de delincuencia juvenil del mundo, de la que se creía que formaban parte unas dos mil personas. No cabía duda de que en la banda tenía que haber líderes en potencia de la estatura de Aníbal o Atila, el rey de los hunos. ¿Cómo se explica de otra forma la fuerza y el ingenio de un chaval que logra llegar a lo más alto en los Blackstone Rangers?

Más hacia el suroeste se encontraban los edificios de la Universidad de Chicago, más fábricas, más barrios de polacos, más hoteles buenos junto al lago y barrios interminables, extensos barrios blancos que se extendían a través de kilómetros de casas y más casas de madera con patios y un toque de Europa Oriental, Irlanda, Tennessee, la reunión de todos los clanes del Medio Oeste, los indios y los irlandeses, escoceses, suecos, algunos alemanes, italianos, húngaros, rumanos, finlandeses, eslovacos, eslovenos; sólo faltaban los franceses. En el Medio Oeste la tierra se extendía; a menos de diez kilómetros del *Loop* había áreas vacías, desiertas, enormes y fantasmagóricas durante la noche, como los patios de carga de Omaha. En el horizonte podía verse algún

¹² Theodore Dreiser, escritor y periodista estadounidense (1871-1945). Trabajó en el *Chicago Daily Globe* a finales del siglo XIX, y extrajo de su experiencia en la ciudad una conciencia crítica que se reflejó en su trabajo literario. Llegó a afiliarse al Partido Comunista Americano poco antes de morir. (*N. del T.*)

desierto industrial o alguna ciénaga, lugares ruidosos durante el día y abandonados por la noche, excepto por los rústicos nombres del Medio Oeste pintados sobre las camionetas y los cobertizos, los depósitos, los cercos de alambre que se extendían durante kilómetros a lo largo de carreteras sin asfaltar.

Así eran los corralones, los famosos corralones de Chicago, tan desiertos durante la noche como las vías muertas de la luna. Mucho tiempo antes de llegar al anfiteatro de la ciudad la convención demócrata de 1968, en pleno centro del corralón, la zona ya se quedaba vacía por las noches, tan vacía como las trincheras embarradas de un campo de batalla cuando la guerra termina. Hacia el oeste del anfiteatro las vías muertas parecían extenderse kilómetros y kilómetros, acompañadas por esos mismos cobertizos, más grandes que arsenales, con corrales con capacidad para miles de bestias desesperadas, vacas, ovejas y cerdos, animales en pleno frenesí de comer y defecar, esperar y oler la sangre. En los mataderos, durante el día, había masacres propias de los Desastres de la Guerra, mañana y tarde. Interminables filas de animales morían golpeadas con machotas en la cabeza, y después se les ataban las patas y se los colgaba boca abajo, y boca abajo eran trasladados por un riel hasta donde aguardaban los hombres, negros y blancos, casi siempre corpulentos (los blancos, casi siempre polacos o húngaros; los negros, del sur, hombres fuertes, hechos para este brutal desempeño), que les cortaban el cuello, y la sangre manaba a borbotones bañando el pecho de los hombres (desnudos de cintura para arriba), sangre que les salpicaba las piernas. Los animales generaban una corriente psicológica que trasladaba el riel; cada gannate rebanado emitía su grito mortal, y el grito pasaba al siguiente gannate, que todavía no había sido rebanado y esperaba su turno colgado boca abajo, y ese penúltimo gannate hacía subir la tensión y hacía que la corriente pasara de una a otra, hasta el último grito de los animales que colgaban boca abajo en aquel riel chillón, luces eléctricas sin pantalla que chillaban a los ojos y al cerebro del animal, supuraciones y ecos infames que devolvían las cañerías abiertas. La yugular seccionada, como si la muerte no fuera otra cosa que el rápido de un río subterráneo, y el miedo y la angustia ante la muerte, que parecían ser transmitidos por las

bestias que morían boca abajo a las que aún estaban vivas, a las que esperaban en los corrales y en las jaulas, a las que aguardaban apiñadas en los camiones de carga en el matadero, y quién sabe —era imposible saber el voltaje psíquico de la bestia— lo que ocurría en los corrales donde se preparaba a las bestias para subirlas al camión que las llevaría al tren. ¡Qué olor tan terrible confería el miedo a la muerte total e irreversible, a las heces y a las vísceras, a los excrementos vomitivos que las bestias expulsaban en los corrales del matadero! ¡Qué sudor de cuero infernal! Y no obstante el olor, no, el titánico hedor que emanaba de los corrales no era sólo la diarrea generalizada de un ejército de animales histéricos, no, porque después de que se les rebanara el pescuezo y de que la sangre corriera por conductos caudalosos, y una luz roja brillara en las espaldas de los enrojecidos encargados del degüello, los animales agonizantes, y algunos de los que ya estaban muertos, rechinaban mientras eran transportados por el riel, y la sangre seguía brotando con fuerza de las arterias, como la orina de un niño que hace pis al aire libre y se entretiene jugando con el chorro, y llegaban hasta algún otro negro, polaco o húngaro con un cuchillo ensamblado a un palo largo con el que le rebanaba el vientre desde el pecho hasta la ingle, y se formaba un puchero, el olor de cien kilos de estómago, pulmones, intestinos, mucosas, bazo, excrementos, sangre, vísceras varias, hígado, tejidos nacarados, y todo ese mejunje caía y se escurría por el suelo, y el tipo con el cuchillo largo recibía un buen escupitajo de sangre cuando hurgaba y removía con la punta del cuchillo para rebanar las raíces de los órganos, los intestinos, todo aquello que mantenía unida a la carne con los huesos en aquella vida mutilada sobre la que trabajaba.

Bueno, el olor de aquellas vísceras, de aquella sangre agonizante electrificada por las luces de neón del miedo último, se instalaba sin remedio en todo el matadero. Vayamos al corte y al rebano, al hervor y la raspadura, la segunda cocción y la depuración de la carne en azúcares, mieles y humos, la cocción de los huesos de la vaca, el sello de la inspección, el olor a pelo chamuscado, las pezuñas hervidas, los cartílagos machacados, el papel encebado y el empaque, el envoltorio de papel de aluminio y el enlatado, la quema de residuos y la supuración postrera de las tripas

reminiscentes e inservibles al ser arrojadas al horno del matadero, y salir como humo del matadero, sangre, huesos y pelos quemados que dan su toque particular a los de la sangre fresca, las vísceras frescas y los excrementos frescos que ya están en el ambiente. Es el olor propio de los mataderos, una mezcla, un olor tan desagradable que se corre el riesgo de ir a ver un sacrificio por curiosidad y no volver a probar la carne. Al verlo se percata uno de cómo es la condición humana: no importa lo angelicales que seamos, el carnicero estará allí. Y que así sea. Chicago necesita mentes curtidas. Cada noche el olor puede viajar a cualquier lado; a Gary, para que se las vea con el humo de las fábricas y la coca; a Cicero, para que calme a las pandillas en su frenesí de violencia; en dirección norte, hacia Evanston, para recordarles a los acomodados que todos hemos venido al mundo *inter faeces et urinam*, y hacia el este, hasta el lago Michigan, donde la felicidad radiante en medio de la ponzoña de miserias y corrupciones terrenales hace ver que los peces pueden ser felices en medio de las fértiles aguas profundas para las que han sido creados.

Sí, Chicago era una ciudad en la que nadie podía ignorar cómo se ganaba dinero. Se recogía de suelos aún resbaladizos por la sangre derramada, y si uno no se quejaba de ello o hacía un voto de vegetarianismo, al menos era consciente de que la vida era dura, que residía en la carne y en la masacre de la carne; se respiraban las agonías postreras de las bestias, y algo de las vísceras y las tripas quedaba tallado en los rostros de los nacidos en Chicago. Una gran ciudad, una ciudad fuerte, con rostros curtidos como el cuero de vaca y el pavimento. Era también una ciudad donde los rostros mostraban la animalidad propia de oídos sordos que no escuchan los lamentos de los condenados, de narices atrofiadas que no huelen la pestilencia de los finales tristes, de bocas —grandes o pequeñas— prestas a probar las salsas de la recompensa de tanta masacre, y de sencillos ojos de cerdo capaces de mirar cara a cara la pestilente realidad. En cualquier otra ciudad habrían encontrado la manera de silenciar a las bestias utilizando métodos nuevos, despedazándolas con máquinas, anestesiándolas con música relajante, y utilizando acero inoxidable para el suelo, y planchas de aluminio en vez de los ajados rieles; y a los animales les

darían una buena dosis de vitamina antes del último viaje. Pero en Chicago lo hacían sin anestesia, sacrificaban a los animales sin piedad, y por eso Chicago era la última gran ciudad americana, y por eso la gente tenía una cara tan grande, carnal como la sangre, golosa, veraz, demasiado impaciente para resultar hipócrita, enamorada del robo honesto. Los rostros eran grandes y humanos, y sus compadres celestiales eran los cerdos sacrificados, a los que no olvidaban. Si los gritos y aullidos que emitieron al morir eran síntoma de su fortaleza, por lo menos tenían redaños para olerlos hasta el final. No rociaban la ciudad con perfumes tipo Odorno, o Pinex, o No-Scent, se bebían las cervezas y daban palos de ciego y concedían a América su último drama verdadero. Sólo una gran ciudad es capaz de ofrecer un espectáculo real, última salvación del alma esquizofrénica. Puede que haya bestias por las calles de Chicago, puede que su alcalde sea un gigante poderoso que se ha convertido en un animal —un tipo con el mismo rostro que Chicago—, pero es una ciudad honesta, sin ninguna gana de incubar psicóticos en pasillos con aire acondicionado y puertas de cristal.